



¿La Misa de espaldas a los fieles?

Una aproximación a la orientación del sacerdote en la oración litúrgica

Por Juan Manuel Rodríguez

El Papa Benedicto XVI ha celebrado, el domingo 13 de enero, una Santa Misa en la Capilla Sixtina, en la que utilizó su altar originario, situándose “ad orientem”, con la asamblea tras él dirigida en la misma dirección. El gesto del Pontífice ha levantado no poco revuelo en diversos medios de comunicación –que, lamentablemente, no suelen ser conocidos por su defensa o adhesión a la fe cristiana- acusándolo de “retrógrado” o “involucionista”. En los foros de Internet se han sucedido los enfrentamientos entre “defensores” y “detractores” de este gesto del Papa, y algunos, como Enrique Miret Magdalena, presidente de la llamada “Asociación de Teólogos Juan XXIII” han lanzado duras y públicas acusaciones contra el Sucesor de Pedro. Entre sus ataques, Miret Magdalena por ejemplo ha llegado a decir que: “*Benedicto XVI no quiere parecer un hombre demasiado avanzado y da pasos hacia atrás, en vez de hacia adelante*” y que “*parece que se ha olvidado que el Concilio Vaticano II fue un paso importante hacia adelante de la Iglesia Católica*”.

Es de lamentar que un hombre como Miret Magdalena acuse a quien precisamente fuera Perito del Concilio y quien lo vivió de cerca y participó en él, de no haberse enterado de lo que éste significó, o haberlo olvidado; pero la cosa no pasaría de la mera anécdota si no fuese porque este ataque no ha sido aislado, ya que han salido a relucir, de forma generalizada, grupos que, en el seno mismo de la Iglesia pretenden crear una lamentable división que a nadie beneficia. Sólo con una meditada reflexión y sin acaloramientos, se pueden abordar estas cuestiones, y sólo en una reflexión serena y mesurada, de la que el Santo Padre es ejemplo constante, encontraremos luz que arrojar a estos asuntos.

Este artículo, escrito por un fiel laico que no tiene más bagaje intelectual que el de sus propias lecturas, pretende ser un modesto granito de arena a esa necesaria reflexión, y un acicate para todos aquellos que, desde una mayor autoridad, pueden enriquecer un debate que se hace cada vez más urgente en la Iglesia de hoy, a la vista de los pasos que en materia litúrgica está dando nuestro Papa. Pido pues disculpas por las inevitables omisiones y las posibles imprecisiones en este texto surgido “a la carrera”, obligado por los acontecimientos, y que no pretende ser científico sino divulgativo, para animar a fieles cristianos como el que esto escribe a reflexionar sobre cuestiones tan importantes, tan absolutamente centrales para la vida de la Iglesia como lo es la liturgia.

El Concilio y el altar católico

En realidad, la diatriba de Miret Magdalena contra el Santo Padre, acusándolo de infidelidad al Concilio ya la contestó el entonces Cardenal Ratzinger hace algún tiempo y de manera pública, en el prólogo a una publicación, que tenemos reproducida en la página de Una Voce Sevilla (<http://www.unavocesevilla.info/versusratzinger.htm>)¹ :

*“Para el católico practicante normal son dos los resultados más evidentes de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II: la desaparición del latín y el altar orientado hacia el pueblo. Quien lee los textos conciliares puede constatar con asombro que ni lo uno ni lo otro se encuentran en dichos textos en esta forma. (...)El texto conciliar no habla de la orientación del altar hacia el pueblo. Se habla de esta cuestión en instrucciones posconciliares. La más importante de ellas es la *Institutio generalis Missalis Romani*, la *Introducción general al nuevo Misal romano de 1969*, donde en el*

¹ Prólogo del Card. Joseph Ratzinger (hoy Papa Benedicto XVI) al libro de Uwe Michael Lang “Volverse hacia el Señor”. Ed. Cristiandad. Madrid, 2007

número 262 se lee: «Constrúyase el altar mayor separado de la pared, de modo que se le pueda rodear fácilmente y la celebración se pueda hacer de cara al pueblo [versus populum]» . La introducción a la nueva edición del Misal romano de 2002 ha tomado este texto a la letra, pero al final añade lo siguiente: « es deseable donde sea posible» . Muchos ven en este añadido una lectura rígida del texto de 1969, en el sentido de que ahora existe la obligación general de construir -«donde sea posible»- los altares de cara al pueblo. Esta interpretación, sin embargo, fue rechazada por la competente Congregación para el Culto Divino el 25 de septiembre de 2000, cuando explicó que la palabra «expedit» [es deseable] no expresa una obligación, sino un consejo. Hay que distinguir -dice la Congregación- la orientación física de la espiritual. Cuando el sacerdote celebra versus populum, su orientación espiritual debe ser siempre versus Deum per Iesum Christum [hacia Dios por Jesucristo]. Dado que ritos, signos, símbolos y palabras no pueden nunca agotar la realidad última del misterio de la salvación, se han de evitar posturas unilaterales y absolutas al respecto. Es una aclaración importante porque evidencia el carácter relativo de las formas simbólicas exteriores, contraponiéndose de este modo a los fanatismos que por desgracia en los últimos cuarenta años han sido frecuentes en el debate en torno a la liturgia. Pero al mismo tiempo ilumina también la dirección última de la acción litúrgica, que no se expresa nunca completamente en las formas exteriores y que es la misma para el sacerdote y para el pueblo (hacia el Señor: hacia el Padre por Cristo en el Espíritu Santo)”.

En este mismo sentido se han pronunciado liturgistas y expertos de tan diversa procedencia y pensamiento como Uwe Michael Lang, Klaus Gamber, Andreas Jungmann o Louis Bouyer, a quien, como al mismo Papa, nadie puede acusar de no conocer lo que quería el Concilio Vaticano II. Bouyer, renombrado liturgista cuyas obras son ampliamente difundidas en ambientes “renovadores” católicos -aunque curiosamente se suelen obviar sus posturas sobre la orientación litúrgica-, asegura que “estas disposiciones (Instrucción sobre la Constitución conciliar sobre la Liturgia), así como el espectáculo televisado de las primeras misas concelebradas bajo la presidencia del Papa en San Pedro durante el Concilio², fueron suficientes para dar a muchas personas la impresión de que la mayor parte –por no decir toda- de la primavera litúrgica depende de la Misa “cara al pueblo”. Todo lo que llevamos dicho debería bastar para disipar esta ilusión”.³

En efecto, a raíz del Concilio Vaticano II han proliferado en todo el mundo católico de rito latino los altares exentos, introduciéndose con ello uno de los cambios más significativos, en la celebración “versus populum” (de cara al pueblo) y con el sacerdote, situado detrás del altar, frente a los fieles. Erróneamente se ha llegado a la conclusión generalizada de que el hecho de que el sacerdote se coloque “de espaldas al pueblo” es una característica del rito de la Misa de San Pío V, mientras que la posición del sacerdote “cara al pueblo” pertenece al Novus Ordo de la Misa, de Pablo VI, y por extensión, al Concilio. Pero lo cierto es que la Constitución Conciliar sobre la liturgia “Sacrosanctum Concilium” nada dice de la celebración “cara al pueblo”. Y más allá, las rúbricas del Misal Romano del Papa Pablo VI presuponen la misma orientación de pueblo y sacerdote en el núcleo de la liturgia eucarística, al indicar que en el “orate fratres”, en la “Pax Domini” y al “Ecce Agnus Dei” el sacerdote debe “volverse hacia el

² N. del A.: debido a la posición del altar mayor en la Basílica de San Pedro, exento, no adherido a la pared.

³ Bouyer, Louis: “Arquitectura y Liturgia” Ed. Grafitte (col. Lex Orandi) Bilbao, 2000

pueblo”, y añadiendo que en el momento de la comunión del sacerdote indica “ad altare versus”, lo cual sería redundante si el celebrante estuviera situado tras el altar y frente al pueblo⁴. Estas rúbricas están mantenidas en la última *Editio Typica* del Misal Romano, aprobada por Juan Pablo II en el año 2000 y publicada en la primavera de 2002.

¿De dónde viene, pues la confusión? Viene de la Instrucción “Inter Oecumenici”⁵ preparada por el Consilium para la puesta en práctica de la Instrucción conciliar sobre la Sagrada Liturgia, en la que hay un capítulo sobre el diseño de nuevas iglesias y nuevos altares, en la que se indica: “*Es recomendable que el altar mayor esté exento del muro frontal, de modo que se pueda rodear fácilmente y así llevar a cabo la celebración cara al pueblo*”, a la que en el año 2000, en la Instrucción General del Misal Romano se añadió “*lo cual es muy deseable siempre que sea posible*”.

La interpretación de este texto originó alguna controversia, pues muchos pensaron que de él se derivaba la obligatoriedad de la celebración “cara al pueblo”, mientras que otros, como Andreas Jungmann insistieron en que esa disposición “*no se impone, sino que se recomienda*”⁶. Desde luego, a lo que no invitaba el texto era a destruir, en muchos casos con “nocturnidad y alevosía”, tan rico patrimonio de altares que han venido siendo amputados en iglesias antiquísimas, desfigurando su concepción original, para instalar los exentos en tantas partes del mundo.

Las dudas que pudieron surgir en torno a la interpretación del texto en cuestión quedaron resueltas por la autoridad eclesiástica. Así, la Congregación para el Culto Divino explicitó en el año 2000, en respuesta a una pregunta del Cardenal Schönborn, Arzobispo de Viena, que la celebración cara al pueblo “*en modo alguno excluye la otra posibilidad*”, y añadiendo que “*es claro que sea cual sea la posición del celebrante, el sacrificio eucarístico se ofrece a Dios Uno y Trino y que el Sumo Sacerdote es Jesucristo, que actúa a través del ministerio del sacerdote de manera visible como instrumento suyo(...)* Si el sacerdote celebra ‘*versus populum*, lo que es legítimo y a veces recomendable, su actitud espiritual debe estar siempre orientada ‘*versus Deum per Iesum Christum*’”⁷.

Queda pues claro, y así lo ha expresado la Iglesia, que no existe obligatoriedad en absoluto de que la Santa Misa se celebre de “cara al pueblo”, y que la forma que eligió el Papa para celebrar la Misa del pasado domingo, es tal lícita y, al menos tan “conciliar” -si no más- como la celebración “versus populum”. El mismo Joseph Ratzinger, en 1966, ponía el dedo en la llaga:

“No podemos negar por más tiempo que sobre este tema se han insinuado muchas exageraciones e incluso aberraciones, hasta el punto de resultar enojosas e indecorosas. Por ejemplo ¿deberán celebrarse todas las Misas cara al pueblo? ¿Es tan absolutamente importante mirar a la cara del sacerdote que celebra la Eucaristía? O, ¿no será muchas veces extremadamente saludable pensar que también él es un

⁴ Missale Romanum ex decreto Sacrosancti Oecumenici Concilii Vaticani II instauratum auctoritate Pauli PP. VI promulgatum. Editio Typica, 1970.

⁵ Publicada el 26 de septiembre de 1964

⁶ Jungmann, A. “El nuevo altar”, en “Deer Seelsorger”, 1967.

⁷ Congregatio de Cultu Divino et Disciplina Sacramentorum, “Responso ad quaestiones de nova Institutione Generalis Missalis Romani”, 2000.

cristiano y tiene todos los motivos para dirigirse a Dios en compañía de sus hermanos congregados en asamblea, y recitar con ellos el ‘Padrenuestro’?”⁸.

Se podría pensar -y así muchos lo han interpretado desde una concepción plana y, por qué no decirlo, ignorante- que este gesto del Santo Padre obedece a un mero gusto personal, a una adhesión nostálgica a tiempos pretéritos o a un querer volver a la Iglesia “a tiempos pasados”, siempre sin especificar qué se quiere decir con esto. Caer en ese error desde una visión superficial es sin duda minusvalorar la capacidad intelectual y el amor a Dios de nuestro Santo Padre, que, desde luego, ni es un “político”, ni es un tonto nostálgico, ni parece moverse por otra cosa que no sea por su profunda identificación con Cristo. Pensar que no hay “algo más” detrás de cada una de las acciones de Benedicto XVI es el peor de los desprecios que pueden hacerse a un hombre de su talla intelectual y su profunda espiritualidad.

“El Oriente”: la dirección de la oración cristiana

Desde tiempos remotísimos “*en la mayor parte de las grandes religiones, tanto la postura que se adopta durante la plegaria, como el equipamiento de los recintos sagrados están definidos por una ‘dirección’ sacra*”⁹. En efecto, y aunque no nos detengamos en ello porque no es propiamente tema de este artículo, se puede corroborar este rasgo común a religiones y civilizaciones de todo tiempo y lugar. El hombre se ha dirigido desde siempre para orar hacia un espacio, un lugar, en el que se simbolizaba el más allá. Lo trascendente. Volverse hacia Oriente durante la oración era costumbre en el culto al sol, que dominó el mundo antiguo desde el Mediterráneo hasta la India. Hacia Oriente rezaban los griegos y los romanos¹⁰; “orientados” hacia la Meca oran los musulmanes; y los judíos y las primeras comunidades cristianas (por supuesto, toda la Iglesia hasta tiempos muy recientes) no han sido extraños a este rasgo común. Los judíos de la Diáspora oraban dirigiéndose hacia Jerusalén, en concreto hacia la *shekináh*, el lugar del Templo llamado el “Sancta Sanctorum” (Santo de los Santos), lugar más manifiesto de la presencia de Dios, y aún después de la destrucción del templo, siguió siendo costumbre en la Sinagoga volverse hacia Jerusalén en la oración: “*Así expresaban los deportados judíos su esperanza escatológica en la aparición del Mesías, la reconstrucción del Templo y la reunión del pueblo de Dios disperso en la Diáspora*”.¹¹ De este modo, la orientación de la plegaria estaba inseparablemente unida a las expectativas mesiánicas de Israel¹². Martín Wallraff, sostiene que hasta el siglo II, orar mirando a Oriente era tan común en el Judaísmo como orar mirando a Jerusalén¹³. No puede causar extrañeza pues, que los primeros cristianos, surgidos precisamente en ese ambiente del judaísmo, realizaran prácticas similares. Hay autores¹⁴ que han descubierto la inevitable conexión entre ambos hechos (entre éste y la oración “ad orientem”), de modo que las primeras comunidades cristianas de la Iglesia local de Jerusalén tenían como costumbre orar en dirección al Monte de los Olivos, donde, con el mismo sentido escatológico esperaban la Segunda venida del Señor, interpretando

⁸ Ratzinger, Joseph. “El Nuevo Pueblo de Dios: esquemas para una eclesiología”. Ed. Herder. Barcelona, 1972.

⁹ Lang, U.M.: “Volverse hacia el Señor”. Ed. Cristiandad. Madrid, 2007

¹⁰ Para ampliar conocimientos sobre la orientación en la plegaria y en la liturgia recomendamos los estudios de Frank Joseph Dölger, citados por Uwe Michael Lang en la obra previamente apuntada.

¹¹ Ib.

¹² Bouyer, Louis: “Arquitectura y Liturgia” Ed. Grafitte (col. Lex Orandi) Bilbao, 2000

¹³ Wallraff, M. “La preghiera verso l’Oriente”: 468.

¹⁴ Georg Kretschmar, citado en Lang, U.M. “Volverse hacia el Señor”.

profecías del Antiguo Testamento¹⁵. Hacia Oriente rezaba San Pablo, según el apócrifo “Hechos de Pablo”, compuesto por un presbítero de Asia Menor, hacia el año 180 d.C.: “Entonces Pablo volvió su rostro hacia Oriente, elevó sus manos al cielo y estuvo en oración durante un buen rato”.

Santo Tomás de Aquino explica el fin escatológico de la oración del cristiano hacia el Oriente:

“Orar en dirección a Oriente es adecuado, en primer lugar porque la rotación de los cielos, que manifiesta la majestad divina, empieza por el Este. En segundo lugar, porque el Paraíso estaba situado al Este, según la versión del texto del Génesis por los LXX, y nosotros ansiamos volver al Paraíso. Y en tercer lugar, a causa del propio Cristo, que es la luz del mundo, es llamado el Oriente, que sube por los cielos de los cielos hacia el Este, y cuya segunda venida se espera, según el evangelista Mateo, viniendo de Oriente: Igual que el relámpago sale del levante y brilla hasta el poniente, así ocurrirá con la venida del Hijo del Hombre”¹⁶

Por supuesto, también en la misma concepción de carácter escatológico se orientaron físicamente las iglesias cristianas hacia el Este desde su origen y durante siglos. El Este, que además de ser un punto cardinal, era también una dirección espiritual. Por el Este salía el sol, y allí, en el Oriente, se simbolizaba al Cristo Glorioso en su segunda venida, fuertemente aguardada y esperanza de los cristianos de todos los tiempos. Cuando, por imposibilidad física, dejó de usarse la costumbre de construir los templos “orientados” y toda la comunidad reunida ya no giraba hacia donde salía el sol en la oración litúrgica, quedó el ábside, decorado con pinturas que “tenían ante todo un carácter cultural, pues evocaban la presencia del Señor, sentado en su trono, dominando la asamblea”¹⁷ como “Oriente” espiritual, si bien no físico, al que dirigir la oración; como imagen de esa ventana de la Jerusalén celeste que estaba representada en el Templo. Junto a Dios representado en toda su gloria, siempre se situaba la cruz, también centro y Oriente del cristiano, pues “la Cruz, signo de nuestra salvación, se consideraba sobre todo signo de victoria, el signo del Hijo del Hombre, regresando al fin de los tiempos”¹⁸. El Oriente es como una puerta hacia el Cielo que esperamos todos los cristianos. Ese mismo Oriente, y con el mismo sentido escatológico, lo representan los retablos góticos o barrocos, tras sus artísticos altares y a ese mismo Oriente ha dirigido el sacerdote, junto al pueblo y en la misma dirección, su oración y el Sacrificio, durante siglos.

Así, mirando al Oriente se situaron la práctica totalidad de los altares de todos los tiempos del cristianismo, y en esa dirección se celebraba la Misa, sacrificio, oración, acción de gracias., todos dirigidos en el mismo sentido hacia el Padre Eterno. Lo ha expresado Mons. Klaus Gamber, fundador del instituto Litúrgico de Ratisbona y de quien el entonces Cardenal Ratzinger dijo que era “el único sabio, frente a un ejército de pseudoliturcionistas, que habla desde el corazón de la Iglesia”: “Como, según la concepción tradicional, la representación en el ábside del Hijo de Dios en Gloria y la Cruz sobre o encima del altar son elementos esenciales de la decoración del Santuario, jamás se puso en duda que la mirada del sacerdote celebrante debía dirigirse durante la ofrenda del sacrificio, hacia el Oriente, hacia la Cruz y la representación de Cristo

¹⁵ Ez. 11,23; 43, 1-2; 44, 1-2; y Zac. 14, 4

¹⁶ Tomás de Aquino: Summa II-II, q. 84 a.3 ad 3.

¹⁷ Gamber, Klaus. “¡Vuelto hacia el Señor!”. Ed. Renovación. Madrid, 1996.

¹⁸ Íbidem.

transfigurado, y no hacia los fieles que asistían a la celebración, como es el caso en la celebración “versus populum”¹⁹.

¿De verdad alguien puede pensar que Benedicto XVI actúa tan superficialmente como muchos han querido ver? ¿De verdad que el Santo Padre puede ser tan plano como para pretender simplemente “dar la espalda a los fieles”? ¿Alguien puede pensar que sea casual la elección de la Capilla Sixtina y que tras el enorme crucifijo, apareciese precisamente la escena del Juicio Final? ¿Simples “formas caducas”, como algunos han dicho, o redescubrir y recuperar un sentido de la oración litúrgica perdido en los últimos años?

De cara a Dios. Todos en la misma dirección

Dios, y no otro, es centro de la oración litúrgica. Hacia Él se dirige la oración de los cristianos. Frente a esa concepción generalizada de que “antes, el sacerdote celebraba de espaldas al pueblo”, son muchos los liturgistas, como por ejemplo Jungmann, que han venido insistiendo en que “*el tema de discusión no era el hecho de que el sacerdote diera la espalda al pueblo, sino, al contrario, que estuviera en la misma dirección que el pueblo*”²⁰. Todos en la misma dirección, de cara a Dios, “*Conversi ad Dominum*” en palabras de San Agustín.

Joseph Ratzinger lo expresó de manera sencilla y magistral: “*La orientación de la oración común a sacerdotes y fieles -cuya forma simbólica era generalmente en dirección al este, es decir al sol que se eleva-, era concebida como una mirada hacia el Señor, hacia el verdadero sol. Hay en la liturgia una anticipación de su regreso; sacerdotes y fieles van a su encuentro. Esta orientación de la oración expresa el carácter geocéntrico de la liturgia; obedece a la monición ‘Volvámonos hacia el Señor’*”²¹. Y en otro texto, el cardenal, que subrayó el carácter de “*éxodo*” de la liturgia, añade: “*Pueblo y sacerdote no se encierran en un círculo, no se miran unos a otros, sino que, como pueblo de Dios en camino, se ponen en marcha hacia el oriente, hacia el Cristo que avanza y sale a nuestro encuentro*”²².

Klaus Gamber explicó que “*En cuanto se coloca ante el altar, el sacerdote no reza en dirección a una pared, sino que todos los que están allí presentes lo hacen conjuntamente en dirección hacia el Señor, tanto más que hasta ahora lo que importaba no era formar una comunidad, sino rendir culto a Dios por intermedio del sacerdote, representante de los participantes y unido a ellos*”²³.

En este mismo sentido han incidido otros, como el Cardenal Christoph Schönborn, que ha añadido que toda liturgia es una celebración “*obviam Sponso*”, al encuentro del Novio, de manera que los fieles anticipan la Segunda Venida del Señor y se pueden comparar con las vírgenes de las que habla la parábola del Evangelio: “*A medianoche se oyó gritar: ¡Que llega el novio, salid a recibirlo!*” (Mt. 25,6). El Cardenal de Viena

¹⁹ Íb. (p. 20)

²⁰ Lang. U.M. “Volverse hacia el Señor”. Ed. Cristiandad. Madrid, 2007

²¹ Prólogo del Card. Ratzinger a la obra “¡Vuelto hacia el Señor!” de Klaus Gamber. Renovación. Madrid, 1996.

²² Ratzinger, J. “El espíritu de la liturgia, una introducción”. Ed. Cristiandad. Madrid, 2001.

²³ Gamber, Klaus: ult. Op. Cit. (p. 40).

subraya que los signos y los gestos, por ejemplo, la orientación común de la plegaria litúrgica, son vitales para una “encarnación” de la fe²⁴.

Frente a este pueblo unido al sacerdote en la búsqueda del Esposo, dirigiendo su plegaria conjuntamente y su mirada hacia el mismo lugar -el Oriente en el que se espera la Segunda Venida del Redentor-, la celebración “versus ad populum” nos presenta una comunidad cerrada sobre sí misma, en la que el sacerdote cobra un protagonismo y una centralidad inusual, y en la que el celebrante se presenta “frente al pueblo”, separado de éste por el altar. Se trata del principal problema que han visto los expertos en este tipo de celebración, que además no tiene parangón prácticamente en ningún culto. Ni con el judaísmo, ni con los musulmanes; pero tampoco con otras comunidades cristianas. Así, en todas las liturgias orientales, ortodoxas y católicas, se ha mantenido la oración común de sacerdote y fieles en la misma dirección. En las iglesias ortodoxas de Oriente, donde existen millones de cristianos, tanto para las de rito bizantino (griegas, rusas, búlgaras, serbias, etc) como en las llamadas de rito oriental antiguo (armenia, siriaca, copta). Pero también muchas confesiones protestantes, como los luteranos, han mantenido el mismo sentido de la oración litúrgica, incluso negando el carácter sacrificial de la Misa, y la propia Misa.

Los defensores de la celebración “cara al pueblo” argumentan que de este modo, y como expresión pedagógica, se subraya el carácter de banquete sagrado de la Misa, pero autoridades en la materia, como Reinhard MeBnher insisten en el “significado eminentemente escatológico” de la liturgia, y piensan que la “pérdida casi total de esa tradición litúrgica en la Iglesia romano-católica de hoy es un indicio de déficit escatológico”. Andreas Heinz explica que *“si desapareciera por completo la orientación común de presidente y congregación hacia Cristo ya exaltado y que aún habrá de venir, eso supondría una pérdida espiritual tremendamente lamentable”*²⁵.

Por otra parte, existe el peligro de que, tratando de “acentuar” el sentido del banquete eucarístico, termine por eliminarse del pueblo fiel la comprensión de la Misa como sacrificio de Cristo y Sacrificio de la Iglesia. No en vano, A. Jungmann afirma que el principio básico de que el celebrante, mientras ora en el altar, tiene que volverse hacia Dios y en la misma dirección que el pueblo, es lo que expresa el significado de la Misa como oblación al Señor. Uwe Michael Lang, por su parte, es explícito:

*“La experiencia pastoral de estas cuatro últimas décadas nos puede enseñar que la comprensión de la Misa como sacrificio ha disminuido considerablemente entre los fieles, si es que no se ha extinguido por completo. Al poner tanto énfasis en el ‘banquete’, complementado con la postura del celebrante cara al pueblo, se ha exagerado excesivamente y no se ha conseguido que la Eucaristía se conciba como ‘sacrificio visible’. Interpretar la Eucaristía como ‘banquete’, más que como ‘sacrificio’, es un dualismo inventado que desde la perspectiva de la tradición litúrgica resulta claramente absurdo. La Misa es al mismo tiempo y de modo inseparable recuerdo sacrificial en el que se perpetúa el sacrificio de la cruz y banquete sagrado de comunión con el Cuerpo y la Sangre del Señor”*²⁶.

²⁴ C. Schönborn: “Leben für die Kirche. Die Fastenexerzitionen des Papstes”. Herder. Friburgo, 1998. De Lang. U. M. en ult. op.Cit.

²⁵ Heinz. A: “Ars celebrandi”. Questions Liturgiques n. 83. (2002)

²⁶ Lang. U. M.: “Volverse hacia el Señor”. Ed. Cristiandad. Madrid, 2007.

Y ni siquiera en el caso de los defensores de esa necesidad de acentuación pedagógica del sentido del banquete sagrado (cabría preguntarse, al día de hoy, cuántos fieles aseguran que la Misa es una cena y ponen “cara de poker” si se les explica que es un sacrificio, y consecuentemente plantearse la necesidad de incidir de forma pedagógica en el sentido del sacrificio eucarístico en las formas litúrgicas), hay unanimidad en que la celebración “cara al pueblo” cumpla con las expectativas creadas.

Louis Bouyer, por ejemplo, quien, desde su particular visión, subrayó que era necesario “recuperar” el sentido de que la Misa es “una comida al mismo tiempo que un sacrificio”, comenta al hilo de la celebración “versus populum”: *“Esto no podía ni puede realizarse más que si el pueblo está reunido de verdad alrededor de la mesa, y no simplemente de pie delante de ella mientras el celebrante permanece solo en el otro lado. Naturalmente ¡nada resulta más extraño en una comida!”*²⁷. Para Bouyer, esa pedagogía que “era necesaria” hoy no tiene razón de ser más que en casos excepcionales, y *“un altar con el sacerdote solo por un lado y el pueblo por otro, en vez de unir a la comunidad centrada en el altar, aumenta la separación entre el clero y los laicos, convirtiéndose el altar en una barrera entre dos castas cristianas”*²⁸.

Benedicto XVI es consciente de las limitaciones que la celebración “versus populum” conlleva, y firme defensor de recuperar el sentido sagrado en profundidad, así como la dimensión escatológica de la liturgia cristiana, de su noción de “éxodo”, de camino en búsqueda del Señor, que es el centro de toda acción litúrgica. El Papa es además, como persona sabia, consciente de que la liturgia es algo que no puede inventarse de un día para otro, y que ésta es fruto de un crecimiento continuo, que para que sea fructífera y verdadera tiene que entroncar con la Tradición. La orientación común de fieles y sacerdote durante la Misa, como hemos tratado de explicar en este artículo, es un aspecto central de la liturgia católica (y no sólo católica) que debe ser recuperado. Frente al prevalente antropocentrismo de nuestra época, el “volverse hacia el Señor” puede resultar un eficaz correctivo a esa mentalidad. Joseph Ratzinger ya había anunciado la necesidad de hacer la “reforma de la reforma” litúrgica, para que el pueblo de Dios vuelva a salir al encuentro del Señor, y para que la grandeza de la liturgia se manifieste en plenitud. Quizás el gesto del pasado domingo en la Capilla Sixtina, todos hacia el Señor, fue un paso más en ese camino. Posiblemente ha llegado el momento de reflexionar con serenidad sobre estas cuestiones, lejos de apasionamientos, y dar la respuesta que el Santo Padre espera de su pueblo fiel. De volver los ojos a la tradición litúrgica de la Iglesia en lugar de tomar el camino de la ruptura con el pasado. Nosotros, con Andreas Jungmann, repetimos: “no hay que dejar que el viento se lleve las lecciones de la historia”.

²⁷ Bouyer, Louis: “Arquitectura y liturgia”. Ed. Grafite (col. Lex orandi) Bilbao, 2000.

²⁸ Íb. (p. 102)